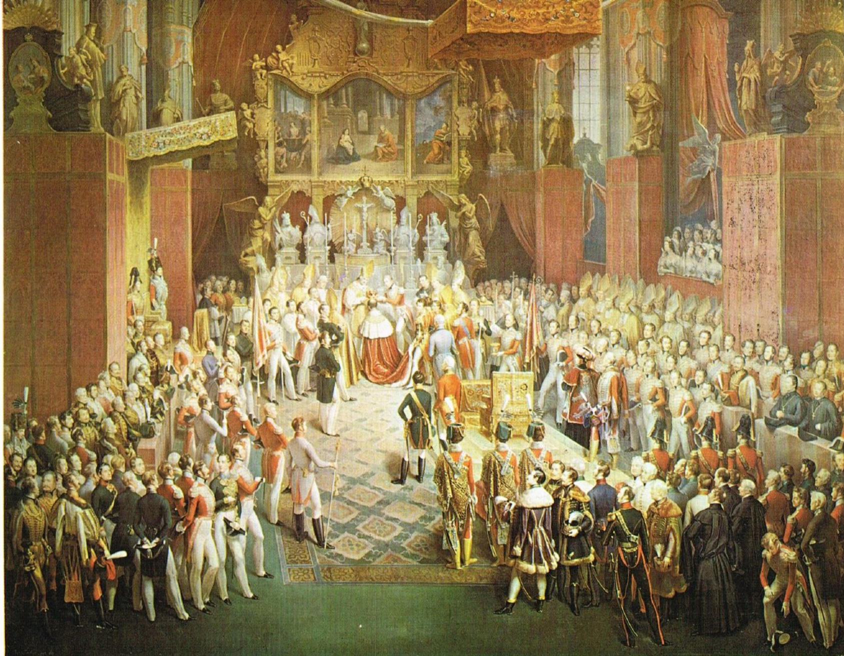


Coronación del emperador Fernando I de Austria en 1835 (Palacio Real, Praga). Ascendió al trono en dicho año y gobernó el Imperio con un consejo de regencia del que formaba parte Metternich. La revolución de 1848 le hizo huir de Viena y poco después abdicó en su sobrino Francisco José, emperador que asistiría a la derrota de Austria como directora de la Confederación Germánica, a la pérdida de las provincias italianas y al desmoronamiento del Imperio.

Formación de la moderna Alemania. Bismarck

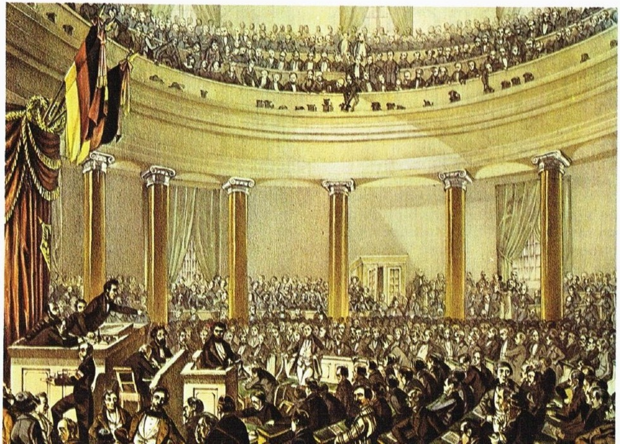
Las revoluciones de julio (1830) y febrero (1848) en Francia repercutieron en Alemania. Hubo motines populares para conseguir cartas constitucionales que concedieran parlamentos elegidos por sufragio restringido y con poca eficacia legislativa. Las querellas con los diferentes soberanos de los estados libres llenan páginas de historia local. Estos conflictos entre la revolución y el absolutismo en Alemania cuentan, sin embargo, poco para el resto de Europa. Lo importante fue la unificación de los diversos reinos, principados, ducados y ciudades libres en un Imperio alemán, impuesto y mantenido por Prusia al margen de la revolución. Fue la obra de un solo hombre, Bismarck, luchando a veces enteramente solo contra la fantasía revolucionaria, otras veces secundado por revolucionarios románticos que veían en el nuevo Imperio la reviviscencia del pasado..., pero nunca Bismarck fue el agente, el ejecutor de una fuerza nacional revolucionaria que le em-

LA UNIDAD ALEMANA

1861 Guillermo I, rey de Prusia.
1862 El Parlamento rechaza los proyectos de reorganización militar del rey.
Bismarck, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores.
Declarada la reforma del ejército, condición necesaria para la unidad alemana, Bismarck la impone al Parlamento y la dobla de una reforma fiscal que aumenta los ingresos del estado.
1863 Fracasa un proyecto austríaco dirigido a garantizar la dirección de la Confederación de Estados Alemanes al emperador Francisco-José.
Contra la convención acordada en Londres en 1852, el rey de Dinamarca pretende anexionarse los ducados de Schleswig-Holstein, cuya autonomía reivindican Austria y Prusia.
1864 Dinamarca rechaza un ultimátum austro-prusiano y su territorio es inmediatamente invadido por los ejércitos alemanes. La guerra, desfavorable para los daneses, concluye con la paz de Viena, que traspasa la administración conjunta de los ducados a Prusia y Austria.
1865 La convención de Gastein sustancia provisionalmente las diferencias surgidas entre las potencias alemanas con respecto a la administración de Schleswig-Holstein.
1866 La guerra austro-prusiana: Sadowa.
La actitud de Bismarck, que renuncia a toda cesión de territorios austríacos, facilita la firma de un tratado de paz entre Austria y Prusia.
Tratado de Praga: Austria cede a Prusia sus derechos sobre el Schleswig-Holstein, acepta la disolución de la Confederación germánica y promete no entrometerse en los asuntos del norte de Alemania.
Bismarck crea la Confederación del norte de Alemania.
1867 Entra en vigor la constitución de la Confederación del norte de Alemania, que reserva al rey de Prusia, su presidente, la dirección de la política exterior y la convocatoria y disolución del Parlamento federal, elegido democráticamente.
Bismarck, canciller federal.
1870 Un incidente diplomático provoca la guerra franco-prusiana. Bismarck cuenta con el apoyo de los estados meridionales de Alemania.
La victoria de Sedán, el entusiasmo nacionalista subsiguiente y el espíritu negociador de Bismarck empujan a los estados meridionales a la unión con Prusia. Luis II de Baviera, en nombre de los príncipes alemanes, ofrece la corona imperial a Guillermo I.
1871 Guillermo I es proclamado emperador de Alemania en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles.

pujara a obrar o que, cuando menos, le defendiera en sus horas de desaliento. Encontró una Germania disgregada y feudal y dejó una Alemania imperial y confederada.

Napoleón había barrido ya muchos de los minúsculos estados alemanes. Eran más de trescientos antes de las guerras napoleónicas: el Congreso de Viena los restauró sólo en parte. Así y todo, Alemania, por obra de Metternich, quedó dividida en treinta y ocho estados muy diferentes por su importancia y tradición. Contribuía también a diferenciarlos el carácter que les habían imbuido por su distinto temperamento los príncipes de las diferentes familias reinantes. Algunos eran autoritarios y fanáticos por naturaleza; otros, aficionados a la erudición; unos eran luteranos, otros eran católicos; pródigos o avaros,



Reunión de la Asamblea Nacional de Francfort (Historisches Museum, Francfort). A sus sesiones, por lo demás inoperantes, asistía Bismarck, que pudo darse cuenta de la debilidad de Austria y los demás estados confederados.

místicos o galantes. El catálogo de los soberanos alemanes a mediados del siglo XIX comprendía los más extraordinarios y disparatados tipos de complejo espiritual. El territorio de los diferentes estados variaba desde el de las ciudades libres hasta el de Prusia, con diecisiete millones de habitantes. Seguía Baviera, con cuatro millones; Hannover, con millón y medio; Sajonia, castigada por sus veleidades en favor de Napoleón, se había visto reducida a poco más de un millón de habitantes; el censo de Württemberg arrojaba igual número.

El Congreso de Viena hizo demasiado o hizo poco. Sin acabar de organizar una Alemania nueva, hubo de transigir con las exigencias de los tiempos. Los treinta y nueve estados en que la dejó desmenuzada el Congreso de Viena quedaron asociados en un *Deutscher Bund* (que quiere decir "Liga-alianza germánica", pero que se traduce por Confederación). Cierto que no era una confederación alemana, como la entendió después Bismarck, lo que se propusieron hacer de Alemania primero Metternich y después Stein, el ministro prusiano, de 1815 a 1848. Francfort, ciudad alegre, aristocrática, conserva todavía el palacio semibarroco donde se reunía la *Bundesversammlung,* o Dieta federal. Los representantes de los treinta y nueve estados, mejor dicho, de los treinta y nueve soberanos, votaban según instrucciones que recibían de ellos directamente. Las sesiones de la Asamblea de Francfort eran más reuniones de embajadores que congresos de diputados federales. Presidía el representante de Austria; los de los cinco reyes de Prusia, Baviera, Württemberg, Hannover y Sajonia tenían un voto cada uno. Los demás, personificando a príncipes, duques y ciudades, votaban en grupos, porque entre todos los reunidos no se contaban más que diecisiete votos.

Esta Asamblea hubiera podido organizar gradualmente un Imperio alemán si los soberanos o los patriotas de los diversos países se hubiesen empeñado en conseguirlo; pero los príncipes estaban todos celosos de sus privilegios, y los intelectuales y los patriotas eran demasiado románticos para precisar la organización de una Alemania unificada y liberal. Las dos potencias mayores, Austria y Prusia, antes de Bismarck tampoco tenían convicción para imponerse a las demás. Austria contaba con su carácter secular y sus derechos imperiales, mas para continuar siendo árbitro de las naciones germánicas creía que le bastaba su heredado prestigio histórico. No sospechaba que fuera necesario hacer méritos para mantener su hegemonía. Prusia, por su parte, no se había dado cuenta de su fuerza y de la oportunidad que le ofrecía la inevitable decadencia de Austria, debilitada por su ultramontanismo y por los enemigos interiores, cuales eran las provincias italianas y Hungría, que conspirando y amenazando constantemente le impedían atender a sus derechos de cabeza del *Bund*. Austria era un país rico que para conservar su tesoro se empobrecía; para preservar sus posesiones en Italia o mantener a Hungría bajo su dependencia se debilitaba y enervaba. El daño que le inferían dichas provincias se manifestó en su imposibilidad de participar en el *Zollverein,* o unión aduanera, de los demás pueblos germánicos.



Vista del Palacio Real de Berlín y el puente sobre el Spree.

Mientras el *Bundesversammlung* de Francfort debatía con impotencia diplomática negocios de alta política, Prusia, entendiéndose con sus vecinos, había conseguido convencerlos de la necesidad de formar una unión aduanera. El *Zollverein* pasó por diferentes etapas de crecimiento. Empezando modestamente en el año 1818 entre pocos, creció a partir de 1833, estimulado por los ferrocarriles, y alcanzó su máximo y definitivo esplendor en 1853. Austria comprendía el peligro de aquella unión aparentemente comercial encabezada por Prusia: hubiera querido entrar en ella para esterilizarla, pero se lo impedían sus posesiones, Hungría e Italia. Tal era la fuerza de los prejuicios seculares del antiguo Imperio, que no se concebía que los territorios no germánicos de Austria pudieran formar parte del *Bund* ni de la unión aduanera.

LA INDUSTRIALIZACION ALEMANA

Una concepción muy común entre los historiadores considera que el proceso de industrialización de cada uno de los países europeos reproduce fielmente las etapas y características del proceso de industrialización inglés. Marx cree que "los países industrialmente más avanzados presentan a los menos desarrollados una imagen de lo que será su futuro", y recientemente Rostow presenta el crecimiento económico moderno como una secuencia de cinco etapas, repetida de manera uniforme en todos los países.

Frente a esta tesis se ha destacado el carácter único e irrepetible de la experiencia inglesa. Primera industrialización, industrialización en solitario, sin competencia alguna, el modelo de desarrollo inglés no parece apropiado para ser adoptado por naciones cuya industrialización se realiza a partir de la realidad inglesa y en contra de la competencia inglesa.

Es Gerschenkron quien ha valorado la noción de atraso –atraso con respecto al país avanzado que es Inglaterra– como condicionante de la industrialización europea. La industrialización de los países atrasados es muy diferente a la inglesa, y el grado de atraso a partir del cual se inicia el crecimiento condiciona el curso y el carácter del mismo.

Hacia 1850, los países europeos podían ser divididos en tres grandes grupos según el grado de desarrollo económico alcanzado: países avanzados como Inglaterra, países moderadamente atrasados como Alemania, y países muy atrasados como Rusia.

Como en todo país atrasado, el éxito de la industrialización alemana dependió en gran parte de la adopción rápida de las modernas técnicas practicadas por los ingleses y la preferencia por aquellas actividades en las que han sido más rápidos los avances tecnológicos. En este terreno, los países atrasados pueden competir con los avanzados, pues la tendencia de estos últimos es prolongar el rendimiento de los viejos equipos industriales y aplazar su modernización.

→ La difusión de la tecnología inglesa en Alemania se realiza a partir de instituciones educativas como el Instituto Técnico de Berlín, con una mayoría de profesorado extranjero o formado fuera del país; por la labor de empresas inglesas dedicadas a la fabricación de maquinaria y establecidas en el país, como la empresa James de Aquisgrán, y también por la presencia de técnicos ingleses a la cabeza de las principales compañías alemanas.

La tecnología moderna aplicada desde el primer momento por los países atrasados implica la generalización de un tipo de empresa de tamaño superior a la predominante en los países avanzados y mucho más rentable.

→ La sociedad anónima, que encuentra muchas dificultades para desarrollarse en Inglaterra aun a mediados del siglo XIX, se afirma muy pronto en Alemania.

En el proceso industrial de un país atrasado, el crecimiento de los bienes de producción supera al crecimiento de los bienes de consumo.

→ W. G. Hoffman calcula el incremento del primero en un 6'3 % frente a un 2 % del segundo durante el período 1834-1860 en Alemania.

En un país atrasado, las instituciones cuya finalidad es incrementar la oferta de capital a las nuevas industrias tienen un papel importante en la industrialización.

→ Es el papel jugado en Alemania por los grandes bancos y en Rusia por el estado frente a la financiación de la industrialización inglesa, basada en el ahorro personal o familiar y la reinversión.

El clima intelectual en que la industrialización se desarrolla es muy distinto según el país sea atrasado, muy atrasado o avanzado.

→ En Alemania, la industrialización es el programa económico del nacionalismo.

La guerra de Crimea desprestigió y debilitó aún más a Austria. Lo que pudieron hacer Prusia y demás estados del *Bund*, permaneciendo estrictamente neutrales, no podía hacerlo Austria. Su proximidad y sus intereses en Oriente la obligaban a participar en el conflicto. Se mantuvo vacilando entre rusos y aliados durante los años de la guerra, y el resultado fue que el Piamonte, poniéndose al lado de los aliados, consiguió libertar del yugo austríaco la mayor parte de Italia.

Todos estos cambios eran observados con malicia en Francfort por el representante de Prusia en la Dieta del *Bund*, que entonces era Bismarck. Nacido en 1815, con escasos estudios en Gotinga y un poco de aprendizaje en ministerios prusianos, Bismarck no era entonces, ni lo fue nunca, el hombre taciturno

y malhumorado que ha creado la leyenda. En 1850-1852, cuando estaba en Francfort, era un agigantado prusiano de pelo oscuro y ojos negros. Montaba a caballo como un antiguo escita, y cuando caía decía que lo único desagradable era sentir encima el peso del caballo. Francote, gran bebedor, gran fumador, gran hablador, era mucho más sincero y explícito que los diplomáticos perfumados de la escuela de Metternich. Tal era la cordialidad de las conversaciones de Bismarck, que las gentes no llegaban a creer que sus genialidades pudieran expresar verdaderamente lo que pensaba. Las frases de Bismarck parece imposible que llegara a pronunciarlas, y se diría que son estratagemas de un furioso que desea que lo inhabiliten. Y, sin embargo, eran expresión de lo que pensaban los demás sin atreverse a confesarlo. Un día, desde Francfort, le escribía a su soberano: "Vuestra Majestad debería absolutamente exigir que sus ministros bebieran más champaña; yo quisiera que ninguno de ellos fuera al Consejo sin haber tomado media botella; entonces nuestra política sería más respetable". Algunas de las frases que se le atribuyen, como la famosa *Macht geht vor Recht* (Fuerza prevalece contra derecho), son interpretaciones de sus palabras comentadas por sus enemigos. Raramente Bismarck pronunciaba frases lapidarias; era demasiado natural, primitivo, para concretar su pensamiento en una fórmula filosófica.

En septiembre de 1862, Bismarck fue nombrado ministro de estado de Prusia. La corona se encontraba en una situación difícil: el rey Guillermo I se había empeñado en mantener un ejército permanente de sesenta y tres mil hombres, y para ello necesitaba recursos que le negaba el Parlamento. Al ofrecer el puesto de confianza a Bismarck, el rey le dio a leer antes su acta de abdicación, pues estaba decidido a renunciar al trono si no encontraba un ministro que gobernara sin el Parlamento o que le proporcionara recursos sin autorización parlamentaria. Bismarck se ofreció a realizar este enojoso servicio. Su primer discurso en el Parlamento prusiano defendiendo los créditos militares contiene frases poco a propósito para tranquilizar a una asamblea de burgueses: "La situación geográfica de Prusia nos obliga a mantener en pie una fuerte milicia... El resto de Alemania no admira a Prusia por su liberalismo... Las graves cuestiones de nuestra época no serán resueltas con discursos y votos de mayoría, sino con sangre y hierro".

Esta alusión a la sangre y al hierro produjo malísimo efecto. Hasta el propio rey se atribuló por la intemperancia de su ministro. Es la frase que más tarde dio a Bismarck el título de "canciller de hierro". El Parlamento votó casi por unanimidad contra los créditos militares y las palabras de Bismarck no pudieron convencerle. El ponente de la mayoría de la comisión de presupuesto decía: "Sólo aquel gobierno que mantenga la Constitución en toda su integridad podrá contar con el hierro y la sangre de la nación para defender el territorio".

Bismarck gobernó así, con Cámaras hostiles, la mayor parte de su vida política. El rey lo sostenía. Bismarck para legalizar su acción se valía de la Cámara alta, la Cámara de señores, senado aristocrático que votaba todo lo que se le pedía. Con el rey y los señores frente al pueblo y al Parlamento no había peligro. Bismarck trató de explicar su conducta diciendo que no podía aceptar que el soberano se reconociera sujeto a la voluntad de un Parlamento. "Tanto valdría como que los Hohenzollern abdicaran en favor de una asamblea", decía.

Por no querer aceptar este principio, Carlos I de Inglaterra perdió la corona y la cabeza; sobre todo si los créditos no se justificaban con victorias, el ejército de Guillermo I podía llevarlo al mismo fin. En cambio, si



Guillermo I, rey de Prusia y después emperador de Alemania, por F. Lenbach (Alte Pinakothek, Munich). Heredó el trono de Prusia en 1861, a la muerte de su hermano Federico Guillermo IV, si bien había actuado como regente por enfermedad mental del rey. Con la ayuda de Bismarck y Moltke, llevó a Prusia a su mayor época de poderío.

EL KULTURKAMPF

Para Lichtenberger, el catolicismo romano encontró en la Alemania del siglo XIX dos adversarios principales: el catolicismo reformista, por un lado, y de otro, el estado laico. Sobre ambos obtendría una serie casi ininterrumpida de victorias.

El catolicismo liberal tenía en Alemania auténtica fuerza a comienzos del siglo XIX, especialmente entre el alto clero y las universidades católicas: Hermes de Bonn trataría de fundamentar en el kantismo el dogma católico, y sus ideas se impondrían en las universidades de Breslau, Tréveris, Colonia, Braunsberg y Münster. Condenado por Roma, el hermesianismo fue extinguiéndose lentamente. Privado de bases teóricas, las aspiraciones reformistas encaminadas a construir una Iglesia nacional, relativamente autónoma respecto de la Santa Sede, y a democratizar la estructura interna de la Iglesia, tuvieron cada vez menos eco en los fieles. Y la proclamación –supremo triunfo de los ultramontanos– de la infalibilidad pontificia, pese a la valía personal de los que se opusieron: Doelinger, Schulte, Friedrich..., no tuvo –salvo quizás en Bonn o en Munich– una oposición seria. La jerarquía eclesiástica y los fieles la aceptaron con escasa resistencia.

De la misma forma, el catolicismo romano se enfrentaría al estado nacional y laico, característico del último tercio del siglo XIX europeo, obteniendo finalmente el grado de libertad católica que consideraba necesario para la independencia de la Iglesia.

Tras una serie de enfrentamientos previos, la proclamación de la infalibilidad pontificia en el Concilio Vaticano I, que configuraba el gobierno de la Iglesia como rigurosamente absolutista, fue vista como un intento de dominación mundial por parte del papado y la Iglesia y derivó en una lucha inevitable con un Imperio alemán que, con influencia protestante, representaba de forma arquetípica el laicismo y el nacionalismo propios de la época.

El conflicto estalló en 1871, enfrentando a Bismarck con la curia romana, el clero alemán prusiano y polaco y el partido católico del *Zentrum,* y recibiendo de los liberales el nombre de *Kulturkampf,* o lucha cultural, subrayando el aspecto anticatólico, anticlerical y nacionalista de aquél, siquiera para el canciller lo fundamental era la imposición de la autoridad estatal a las instancias eclesiásticas.

La lucha, llena de pasión, duró años y está unida al nombre del ministro de Cultura, Adalbert Falk, a quien se deben las principales medidas legislativas: ruptura de relaciones diplomáticas con el Vaticano, expulsión de la Compañía de Jesús junto con lazaristas, redentoristas, hermanos del Espíritu Santo y Sociedad del Sagrado Corazón, adición al Código penal del Reich del *Kanzelparagraph,* o párrafo 130 sobre los púlpitos, que condenaba a prisión –hasta dos años– a los sacerdotes que en su predicación trataran temas de política, poniendo en peligro la paz, extendiéndose después la medida a las publicaciones escritas; introducción del matrimonio civil; supresión del departamento de asuntos religiosos en el ministerio prusiano del Interior; supresión de la vigilancia practicada por la Iglesia en la escuela; exigencia a todos los clérigos de un examen cultural; constitución de un tribunal especial para asuntos eclesiásticos; prenotificación obligatoria de los nuevos cargos, incluidos los de párroco, etc.

El fanatismo se extendió por Alemania, cometiéndose toda clase de excesos policiales contra miembros del clero, muchos de ellos condenados a duras penas de prisión y destierro. En 1878 sólo permanecían cuatro obispos en sus puestos y más de mil parroquias estaban oficialmente cerradas.

Sin embargo, Bismarck comprobó que los católicos seguían fieles a su Iglesia y, sobre todo, que el antagonismo entre el Reich y la Iglesia católica no era irremediable. El cambio de postura del canciller coincide con la terminación de su alianza con los liberales (1878-1879) y con la postura conciliadora de León XIII. Falk es destituido en 1879, y entre 1881 y 1887 la mayor parte de las disposiciones anticatólicas –las leyes de mayo– son derogadas o dejan de tener efectividad real. En resumen, el estado renuncia a toda intervención en los asuntos propiamente eclesiásticos, aun cuando facultades anteriores de la Iglesia, como la intervención en la escuela, no se restablecerán nunca. El último vestigio del *Kulturkampf,* la prohibición de residencia de los jesuitas en Alemania, desaparecerá en 1904.

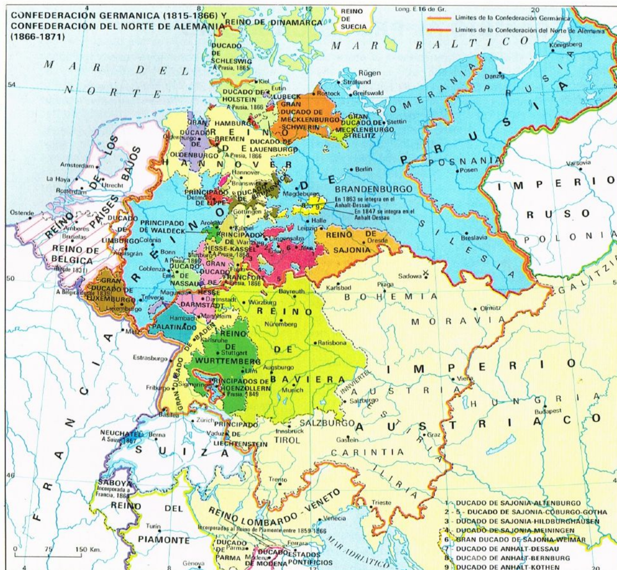
Asimismo, el *Zentrum* católico, partido de base social heterogénea, integrado, como establece Lamprecht, por aquellos que, perteneciendo a diversas clases sociales, con predominio burgués y, en menos medida, aristocrático, reprueban el régimen capitalista y aspiran a una limitación de la libre concurrencia, al establecimiento de un régimen de solidaridad fundamentado en bases cristianas, pero que supo adaptarse hábilmente a la realidad, en defensa de los intereses temporales del catolicismo, terminaría reconciliándose con Bismarck –pese a la ruptura de su jefe Ludwig Windthorst con el canciller–, aceptando al Imperio e integrándose en su política nacional.

Partido de oposición total hasta 1881, comenzó su integración en el sistema político del Reich entre 1881 y 1887. Aun cuando, bajo la presión de la facción aristocrática dirigida por Ballestrem, Huene, Schorlemer..., pareció que en 1889 se aliaría con la derecha, a fin de intentar una reforma en sentido conservador de la legislación escolar y religiosa, sus elementos liberales, hostiles a los feudales agrarios, y bajo la dirección del Dr. Lieber, se orientaron en una dirección ligeramente progresiva (Lichtenberger). Su importancia creció después de 1890, adquiriendo una posición sumamente fuerte, como uno de los grupos políticos más influyentes en el Reichstag.

A. M.

las guerras producían el engrandecimiento de Prusia –primer ideal de Bismarck–, y ya una vez engrandecida Prusia heredaba la posición de núcleo del Imperio germánico que Austria no sabía o no podía desempeñar, entonces todo el mundo aprobaría la política antiparlamentaria. Bismarck explica en sus Memorias –más de lo que generalmente hacen los estadistas– cómo provocó las guerras, cómo venció y cómo se aprovechó de las victorias, sin piedad para con el vencido. Las guerras bismarckianas fueron tres en siete años: la de 1863 contra Dinamarca, la de 1866 contra Austria y la de 1870 contra Francia. En tres jugadas elevó a Prusia a la categoría imperial. A primera vista, Bismarck parece más grande, más eficaz que Cavour, pero Bismarck contaba con más medios y, sobre todo, sus dificultades eran mucho menores. Cavour tenía la enorme complicación internacional del papado, y Austria era un gigante al lado del pequeño Piamonte. En cambio, las víctimas de Bismarck no tenían categoría superior a la suya, fueron forzadas a combatir y sacrificadas porque convenía al engrandecimiento de Prusia.

La guerra contra Dinamarca tuvo por excusa una cuestión de nacionalismo, de países de frontera. Entre Prusia y Dinamarca había unos ducados, Schleswig y Holstein, de am-



bigua nacionalidad. Eran tierras como Alsacia, el Tirol y Silesia, eternamente descontentas. Ambos, Holstein y Schleswig, formaban entonces parte de Dinamarca; pero mientras Holstein estaba habitado casi exclusivamente por alemanes, Schleswig tenía sólo una fuerte minoría de población de raza germánica. Después de la guerra de 1914, el tratado de Versalles impuso un plebiscito a una parte de Schleswig, y éste, a pesar de casi cincuenta años de forzada germanización, votó por su anexión a Dinamarca.

En la época de Bismarck las dificultades eran mayores, porque a la cuestión de nacionalidad se añadía el legitimismo dinástico. Los ducados fronterizos tenían un pretendiente: el príncipe de Augustenburg, que aspiraba a ser duque de Schleswig-Holstein. Austria y otros países alemanes pensaron que, una vez libertado de Dinamarca, el Schleswig-Holstein, alemán o semialemán, entraría a formar parte como miembro de la Confederación germánica, y que de este modo el *Bund* tendría simplemente un soberano más. Pero mucho antes de comenzar la guerra, Bismarck se había ya formado la idea de anexar los ducados a Prusia. Embrolló de tal



Otto von Bismarck, por F. Lenbach (Staatsmuseen, Berlín). El creador de la moderna Alemania supo reorganizar la Europa central en tres jugadas en beneficio de Prusia y detrimento de Austria. En política exterior persiguió que se afirmara el preeminente papel de Alemania en Europa. En política interior, luchó contra la Iglesia católica (Kulturkampf) y la socialdemocracia.

DEL LIBRECAMBIO AL PROTECCIONISMO

Hasta mediado el siglo XIX, Europa, que ha contemplado el desarrollo de grandes estados (Inglaterra, Francia, España...) y el paralelo auge del sentimiento nacional, practicará una política económica estrictamente nacionalista. La reglamentación del comercio exterior se caracterizará, en consecuencia, por la búsqueda del interés nacional en la forma más estrecha y egoísta (Birnie). No se concibe otro sistema que el proteccionista, fundamentado en el mercantilismo.

El mercantilismo, caracterizado, dejando de lado sus peculiaridades nacionales, por la identificación de la riqueza con el dinero, oro y plata, y por su doctrina de la balanza comercial favorable –"La balanza comercial es la verdadera balanza del poder" (Forbonnais)–, quedó doctrinalmente desacreditado, de manera definitiva, tras la publicación en 1776 de la *Wealth of Nations* de Adam Smith, quien, identificado, como señala Birnie, con el individualismo y el optimismo característicos de la filosofía del siglo XVIII, opuso al intervencionismo estatal "el sencillo y obvio sistema de la libertad natural", y al ideal de la suficiencia nacional, la superioridad de la división económica del trabajo.

Los comienzos del liberalismo comercial, ya en el ámbito de la realidad económica, deben situarse en 1786, al concluir Pitt el Joven el Tratado Eden con Francia, y fueron interrumpidos por las guerras de la Revolución y el Imperio, que hicieron reaparecer, junto al nacionalismo político, el nacionalismo económico.

Sin embargo, el movimiento librecambista acabaría imponiéndose en Europa a partir de Inglaterra. En Inglaterra –adelantada de la Revolución industrial, donde los intereses industriales no podían temer competencia alguna en el mercado interno, con una indiscutible preponderancia en el ámbito comercial que le permitiría dominar los mercados extranjeros–, el proteccionismo, popularizado por las campañas de Richard Cobden (1804-1865), se establecería prácticamente por Robert Peel en 1846. El resto de los países europeos (Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, los Países Escandinavos, Suiza, Italia, España, Portugal) sigue, a mayor o menor distancia, el ejemplo inglés.

Respecto a Alemania, debemos comenzar señalando que el Congreso de Viena, en 1815, había reducido sus 350 estados a 39, reuniéndolos en una confederación bajo la presidencia de Austria. Pronto, sin embargo, empieza a destacar el papel económico de Prusia –cuyo desarrollo industrial y mercantil se inicia en la misma fecha bajo la inspiración de Beuth, subsecretario de estado para el comercio y la industria desde 1815 a 1845, fundador del "Instituto Técnico" de Berlín y de la "Asociación para el fomento del conocimiento técnico", y de Rother, secretario de Comercio Exterior (1820-1848), reorganizador del Banco de Prusia–.

Las aportaciones más importantes de Prusia, como ha señalado W. O. Henderson, a la reanimación de la economía alemana fueron, por un lado, la participación activa en la construcción de ferrocarriles a partir de 1840-1850, y por otro –y especialmente– la fundación del *Zollverein*.

Desde 1818, Prusia se orienta hacia un relativo librecambismo rebajando los aranceles aduaneros. La necesidad de constituir una unión aduanera entre todos los estados alemanes se hace cada vez más evidente: "Treinta y ocho murallas arancelarias –señalará List– impiden el comercio interior y tienen el mismo efecto que si cada miembro del cuerpo humano fuera atado de tal manera que no pudiera circular la sangre". El proceso constitutivo permite destacar los siguientes momentos claves:

1.º El 18 de enero de 1828, Baviera y Württemberg constituyen una unión aduanera –Unión Aduanera del Sur–.

2.º El 14 de febrero del mismo año lo hacen Prusia y Hesse-Darmstadt –Unión Aduanera del Norte–.

3.º El resto de los estados alemanes, preocupados ante la presumible hegemonía prusiana, forman la "Unión comercial de la Alemania media".

Poco a poco, los estados fueron abandonando la "Unión comercial", que se reveló ineficaz –no llegó a constituir un arancel común– y se incorporó a la Unión Aduanera del Norte, haciéndolo finalmente Baviera y Württemberg y quedando constituido el *Zollverein* alemán en 1833.

Hasta la unificación política de 1871, el *Zollverein* (dominado por Prusia, que supo excluir a Austria) estableció unas tarifas uniformes, relativamente liberales, para todos los estados, suprimiendo entre ellos las barreras arancelarias y desempeñó un papel clave, como mercado único, en el arranque del crecimiento industrial alemán (Niveau).

La tendencia general se orienta, pues, a mediados del siglo XIX hacia el librecambio (Lesourd y Gérad). La consecuencia fue la notable expansión, entre 1860 y 1880, del comercio europeo.

Sin embargo, en el último cuarto del siglo se asiste en toda Europa a un retorno vigoroso del proteccionismo, debido a una pluralidad de factores tales como la intensificación del sentimiento nacional después de la guerra franco-alemana; la necesidad de incrementar los recursos de los estados para hacer frente a los cuantiosos gastos militares; la afluencia a los mercados europeos de trigo americano barato, etc. El proceso, general en toda Europa, fue encabezado por Alemania.

Las tarifas discretamente liberales que el Imperio heredó del *Zollverein* no fueron modificadas por Bismarck hasta 1879 e



incluso en 1873 la necesidad de contar con el partido nacional liberal –orientación librecambista– para obtener la mayoría parlamentaria determinó el establecimiento de una tarifa aduanera aún más baja. En 1878, Bismarck rompe con el partido liberal y se apoya en el conservador, constituido en su parte más importante por los *junkers*, grandes propietarios territoriales que, librecambistas hasta entonces, viran hacia el proteccionismo ante la competencia del trigo americano y ruso, más barato. Asimismo la gran industria metalúrgica pedía protección arancelaria.

En suma, Bismarck, presionado también por las necesidades financieras del Imperio y no pudiendo hacer frente a los déficit continuos más que con un aumento de los derechos de aduanas, ya que la Constitución del Reich reservaba a los estados miembros las demás fuentes de ingresos, estableció en 1879 una tarifa proteccionista que gravaba productos antes libres, como los cereales, el hierro y el petróleo. El aumento de los derechos de aduanas no fue excesivo, pero supuso, no obstante, triplicar los ingresos estatales por este concepto.

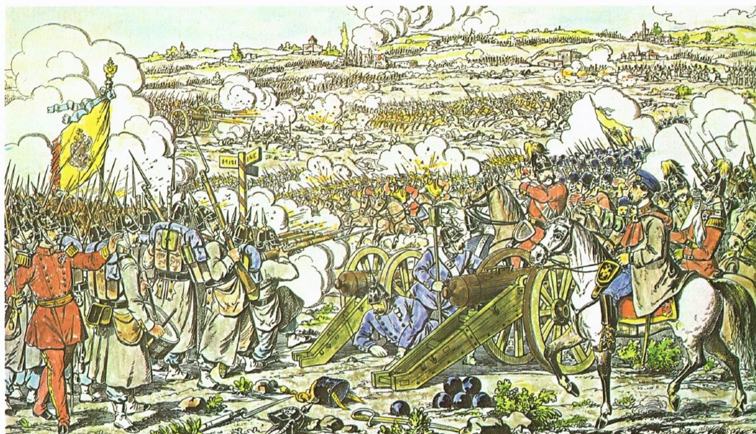
Como ha señalado Baumont, "Bismarck venció a Cobden". La trascendencia de este cambio en la política comercial de uno de los mayores estados de Europa fue muy grande, repercutiendo incluso en Inglaterra –fiel al librecambismo hasta 1931–, donde en los años ochenta aparece el llamado "movimiento del comercio justo", de tendencia proteccionista, si bien su éxito fue escaso. En resumen, puede decirse, con Lesourd y Gérad, que el nacionalismo político representado por Bismarck, la voluntad de poder de las nuevas nacionalidades y el deseo de constituir un estado vigoroso e independiente destruyeron el sueño de la burguesía liberal de constituir una fraternidad universal, instrumentalizada sobre la base del libre comercio entre las naciones.

A. M.

manera la situación, que obligó a Dinamarca a declarar la guerra. Fue aparentemente una guerra de liberación de pueblos oprimidos. El *Bund* y Prusia contra Dinamarca, que representó el papel de verdugo... Austria cooperó con un ejército de 23.000 hombres; los otros estados alemanes aportaron contingentes menores. La dirección de las operaciones militares corrió a cargo de Moltke, que con Bismarck y el rey Guillermo es el tercer factor de la unidad alemana.

Moltke ha sido también desfigurado por la leyenda. No era un hombre frío ni un estratega. Consideraba la guerra más bien como una obligación que como una profesión. A la edad de cuarenta y un años casó con una muchacha de dieciséis que se enamoró de él. Apasionado por el arte y la música, conocía a fondo a Bach y a Beethoven. Cuando la guerra de los Ducados, Moltke tenía sesenta y cuatro años. Era alto, fornido, con gran nariz aguileña, labios finos y cerrados, gestos tranquilos y acompasados; parecía más bien magistrado que militar. Había previsto las guerras. Decía: "Todos estos tapujos diplomáticos de Bismarck nos traerán la guerra, y si Prusia no vence, está perdida; en cambio, si vence se pondrá al frente de la Confederación germánica, como conviene".

Bismarck, al contrario, conociendo lo di-



Estampa con la representación de la batalla de Sadowa (Biblioteca Nacional, París). La nueva máquina que era el ejército prusiano dio rápida cuenta de las tropas de Francisco José de Austria. En la paz subsiguiente, este Imperio quedaba separado de Alemania.

La artillería austríaca después de la batalla de Sadowa, por Rudolf Ritter (Heeresgeschichtliches Museum, Viena).

ficil que era hacer aquellos tapujos que despreciaba Moltke, creía que lo arduo era provocar la guerra, llevar a los pueblos a un callejón sin salida donde no tuvieran más remedio que pelear. "Unos cuantos hombres empuñan el fusil, otros acuden en apoyo de sus camaradas, viene después otra compañía, y he aquí una batalla... ¡La guerra!", decía, fumando y bebiendo jovialmente. Lo difícil era la paz.

La guerra de los Ducados acabó con la derrota definitiva de Dinamarca. Pero, ¿qué hacer después con el botín? ¿Dar los Ducados a Augustenburg para que fuera otro miembro, otro estorbo en la Dieta de Francfort? Ésta era la teoría de Austria, mientras



Manifestaciones organizadas en París en apoyo de la política de fuerza del gobierno frente a Alemania.



Fotografía de Napoleón III y el ministerio que el 19 de julio de 1870 declaró la guerra a Prusia (Biblioteca Nacional, París).

Prusia sostenía que los vencedores los retuvieran en su poder; en la convención de Gastein se acordó que Austria administraría el Holstein y Prusia el Schleswig. En realidad, el convenio de Gastein no satisfizo a nadie, y Austria y Prusia se prepararon para la guerra. Es curioso que Francia sostuviera a Prusia en sus pretensiones. Bismarck había pasado años en la embajada de París, contrajo amistad íntima con Napoleón III y se había asimilado de los franceses la aparente ligereza y buen humor, que ocultaban el apasionamiento y la ambición. Bismarck visitó a Napoleón en Biarritz en 1865, y después envió a Roon, ministro de la Guerra prusiano, para discutir personalmente con el emperador el asunto de los Ducados. Francia consentía y hasta animaba a Prusia a anexarlos.

Grabado titulado "En el music-hall como en el Senado" (Biblioteca Nacional, Madrid), que demuestra la efervescencia que produjo en París el telegrama de Ems, el inicio de la tercera jugada de Bismarck para conseguir la unidad alemana.



La razón de esta actitud era que Napoleón creía que Austria vencería y Francia conseguiría obtener ventajas en la zona del Rin.

Bismarck, deseoso también de esta nueva guerra, una vez obtenida la aquiescencia del emperador de los franceses, concertó una alianza con Piamonte, elevado a la categoría de reino de Italia. Bismarck contaba con que cuando llegara la guerra y los prusianos atacaran a Austria de frente, los italianos podrían atacarla por la espalda, invadiendo las provincias que todavía conservaba en Italia.

Los desaciertos del gobierno de Viena favorecieron a Bismarck. Creyéndose maestros de diplomacia, los austríacos equivocaban cada movimiento de las piezas del tablero cancilleresco. Era evidente que la antigua diplomacia empezaba a fallar con los nuevos elementos de formar la opinión: la prensa y el Parlamento. Bismarck los aprovechaba de manera admirable. Tenía un verdadero gabinete de prensa que redactaba notas, artículos sensacionales y reseñas tendenciosas de acontecimientos. A menudo su técnica consistía en lanzar en un periódico local de provincias noticias sensacionales falsas que los periódicos más leídos recogían, aplastando al pobre diario con comentarios injuriosos. Así se promovían controversias patrióticas que Bismarck no dejaba de explotar publicando una contranoticia para excitar la opinión en el sentido que convenía a su política. Pero no bastaba esta técnica mefistofélica; hacía falta genio, visión, perspectiva, que parecía haber

Emile Ollivier, presidente del Consejo de ministros francés que declaró la guerra a Prusia. Se refugió en Italia ánte el fracaso del Segundo Imperio y después publicó libros en que trató de justificar su conducta.



Poco después de la declaración de guerra, en París se produjeron manifestaciones contrarias a la lucha, como ésta del 23 de julio que recoge el grabado (Biblioteca Nacional, París).



Aspecto de la batalla de Wisenburg, el 4 de agosto de 1870, según grabado de la época. El ejército francés, que carecía de plan de operaciones, se lanzó a la ofensiva con el ánimo de aislar a Prusia de los estados alemanes del Sur, pero esta intención fue desbaratada por los contraataques prusianos, uno de los cuales fue el de Wisenburg.

monopolizado Bismarck en detrimento de los petimetres de Viena. Jugaba con los sucesores de Metternich como el gato juega con los ratones.

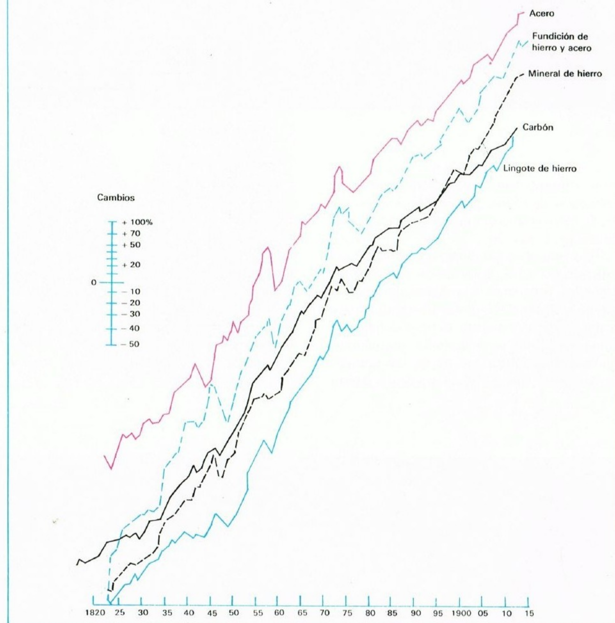
Bernstein dice que Bismarck practicaba el truco de todos los diplomáticos y pícaros redomados, que consiste en hacer alarde a veces de una sinceridad desconcertante para poder en otras emplear el mismo lenguaje para disimular las verdaderas intenciones.

La guerra contra Austria no era popular en Alemania como lo había sido la guerra contra Dinamarca. Era, pues, necesario que fuera Austria la que atacara, cosa difícil en una nación acostumbrada más bien a triunfar defendiéndose. Austria llevó sus quejas a la Dieta de Francfort, y allí, en 1866, denunció la convención de Gastein y propuso la resolución del problema de los Ducados. Al mismo tiempo, Prusia presentó un proyecto de constitución unitaria de Alemania. La Dieta votó en favor de Austria y Prusia se declaró entonces separada de la Confederación germánica.

Guillermo I de Prusia aclamado por la multitud berlinesa cuando iba a partir hacia el frente (Biblioteca Nacional, París). El Estado Mayor prusiano tenía previstos los planes de movilización, y en unos veinte días llegó a reunir 460.000 hombres, mientras continuaba la incorporación de reservistas.

PRODUCCION DE LA MINERIA Y LAS INDUSTRIAS DEL HIERRO Y EL ACERO EN ALEMANIA DURANTE EL SIGLO XIX

La alta tasa de crecimiento de las industrias extractivas y la siderurgia ha hecho que sean consideradas como el sector pautador de la industrialización alemana. El desarrollo de los ferrocarriles ha posibilitado este crecimiento, base, a su vez, de la industria metalúrgica nacional. La industria pesada colocará a Alemania a la cabeza de los países industrializados. De 1860 a 1875, la producción alemana de hierro se ha multiplicado por cuatro, mientras en Francia apenas ha doblado. La producción alemana supera a la francesa ya en 1880, a la inglesa en 1900.



A ello siguió la guerra. Esta vez Prusia sola contra Austria y los demás estados alemanes del *Bund,* que tibiamente continuaban a remolque de Viena. Italia, según lo convenido, mantuvo en jaque algunas fuerzas austríacas; pero, acaso porque Cavour había muerto años antes, no atacó con el ímpetu que esperaba Bismarck. No hizo falta. El ejército prusiano, maravillosamente preparado, movilizó rápidamente, y después de varias escaramuzas y marchas y contramarchas, Moltke, con la batalla decisiva de Königgrätz o de Sadowa, acabó el 3 de julio de 1866 con la resistencia del Imperio austríaco. Sus aliados alemanes, desorientados y sin nadie que combinara sus esfuerzos, fueron cediendo gradualmente. Austria pidió a Napoleón III que interviniera, y las negociaciones de paz terminaron con la adquisición por Prusia del Schleswig-Holstein, el reino de Hannover, el electorado de Hesse, Nassau y Francfort. Austria, además de perder sus derechos a los Du-

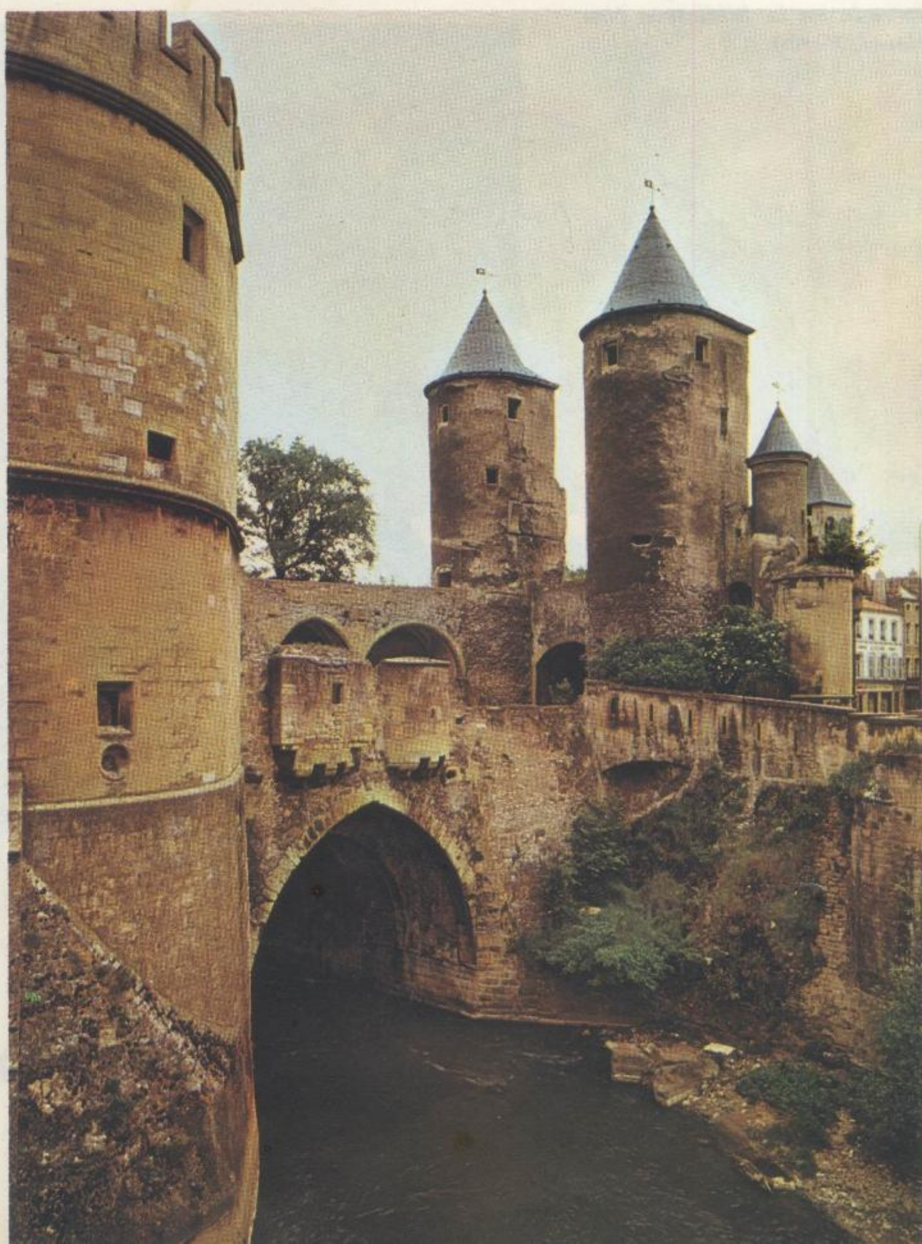


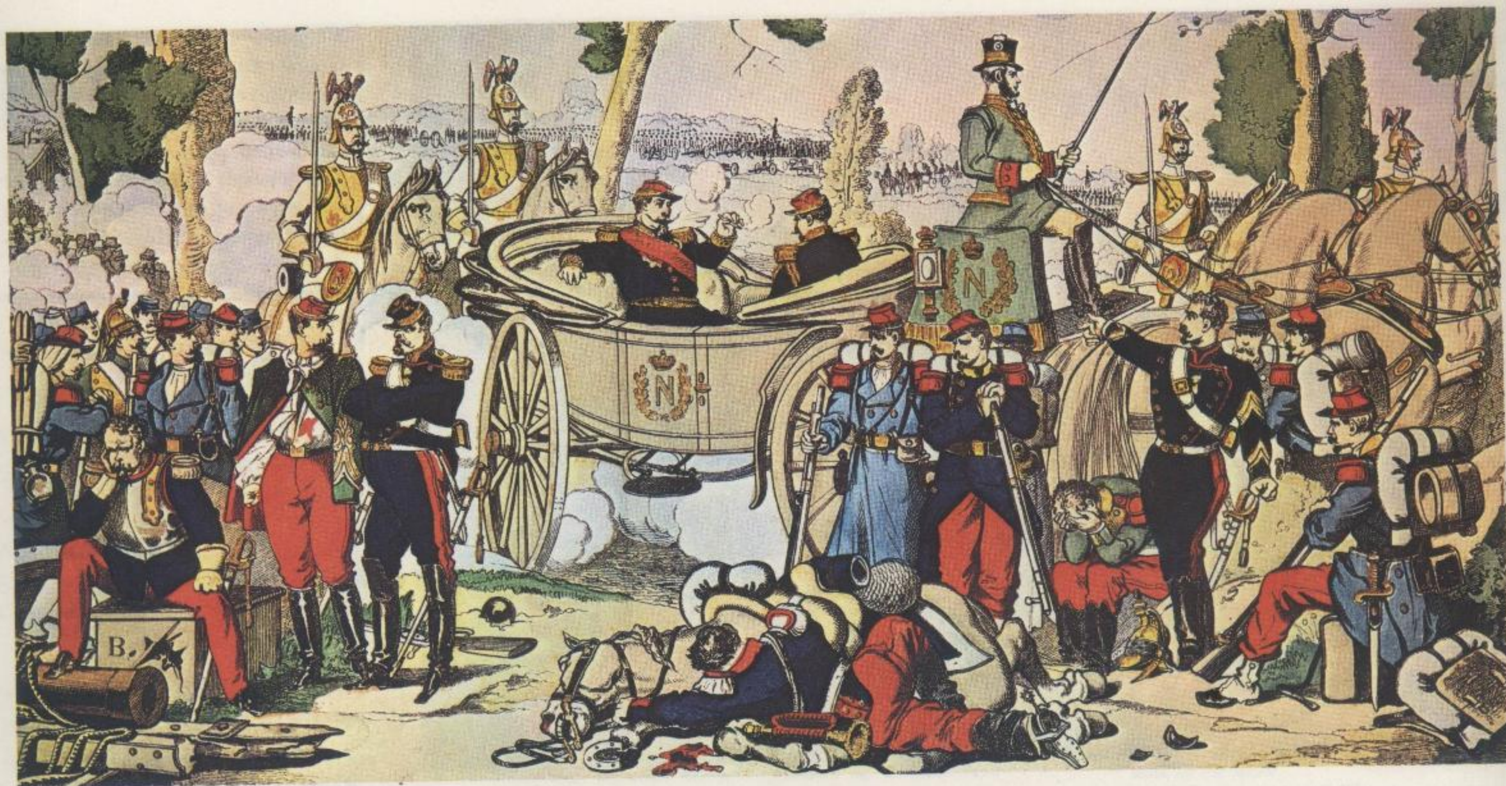
El general Moltke anuncia a Guillermo I la victoria de Rezonville, el 14 de agosto de 1870 (Museo de Berlín). Este general había preparado con amplio sentido moderno a su ejército y fue el brazo ejecutivo de los ideales de Bismarck. Poco después de esta batalla, Bazaine decidió encerrarse en Metz con 200.000 hombres.

cados, cedía el Véneto a Italia y quedaba eliminada de Alemania.

Para que no pareciera que se había hecho la guerra con el solo objeto de que Prusia suplantara a Austria en el *Bund* imperial, de momento se dividió Alemania en dos grupos de estados: la Confederación del Norte, más arriba del río Main, y la Confederación del Sur, con sólo cuatro estados: Baviera, Württemberg, Baden y Hesse-Darmstadt. Por lo que toca a la Confederación del Norte, no había duda de que necesariamente tenía que ser dirigida por Prusia, pero la prueba de que se imponía una unión de todos los estados es que la Confederación de los cuatro del Sur nunca llegó a constituirse y uno tras otro fueron concertando alianzas defensivas y ofensivas con Prusia. Además, por razones dinásticas e históricas más que por conveniencia nacional, Prusia tenía su territorio dividido en dos sectores: las provincias orientales de Prusia estaban separadas de las occidentales por Hannover, Hesse-Cassel, Nassau y la ciudad libre de Francfort. Su anexión la justificó afirmando que debían sufrir las consecuencias de la guerra por haberse puesto al lado de Austria. ¡Qué diferencia de Cavour, que hacía preceder toda anexión de un plebiscito! Mas Bismarck se burlaba de la tortuosa y paciente táctica de Cavour, que designaba con sarcasmo llamándola de "caminos sardos". Bismarck infligía por el crimen de patriotismo el castigo que se había de aplicar en 1918, y después, a su país y a

Torre de la fortaleza de Metz, donde Bazaine, que seguía una política tortuosa, se encerró con el ejército francés.





Napoleón III tras la capitulación de Sedán (estampa conservada en la Biblioteca Nacional, París).



El ejército francés rendido en Metz (27 de octubre de 1870) es internado en Alemania (Biblioteca Nacional, París).

otros vencidos. En 1866 impuso la paz diciendo que era "la voluntad de Dios". A plenipotenciarios de los antiguos estados anexados o disminuidos que protestaban, Bismarck les interrumpía diciendo: "¿Acaso no os acordáis de que podría haceros detener como prisioneros de guerra?...", por haber luchado al lado de Austria.

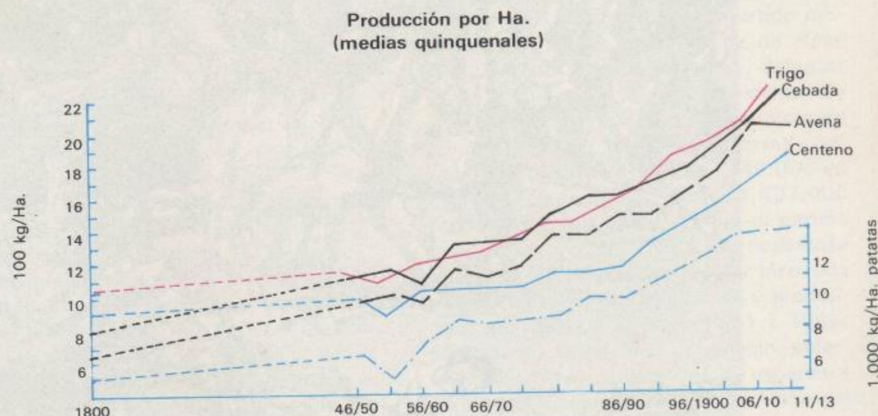
Prusia pasó en seguida a reorganizar a Alemania según los deseos de Bismarck. La nueva Confederación del Norte se gobernaba con dos asambleas, casi una Cámara doble, como la de la Constitución americana. El Senado o *Bundesrat* se componía de cuarenta y tres miembros, de los cuales sólo diecisiete eran nombrados por Prusia y podían quedar en minoría y prevalecer la opinión de los confederados. El *Bundesrat* venía a ser una ampliación de la *Bundesversammlung* de Francfort, con la única y exclusiva diferencia de que en lugar de presidirlo el representante del emperador de Austria lo presidía el canciller del rey de Prusia.

Pero además se estableció una segunda asamblea, el *Reichstag*, elegida por sufragio universal directo y secreto. Bismarck conocía por experiencia el partido que un canciller podía sacar de las rivalidades de dos Cámaras y no quería estar a merced de una Dieta como la de Francfort, donde a menudo se llegaba a un punto muerto. La gran novedad era que el rey de Prusia asumía todos los poderes militares y diplomáticos, con el derecho de declarar la guerra, conferir la paz y concertar tratados. Con esta excepción, los demás soberanos conservaban toda su autoridad en los respectivos territorios (justicia, educación, obras públicas, cultos, etc.), pero se obligaban a mantener un ejército proporcionado a su categoría y disciplinado y organizado según el modelo del de Prusia: servicio obligatorio, tres años en la milicia activa y cuatro en la reserva.

No se creó un gobierno federal con ministerios; el canciller nombraba sus secretarios para los diversos departamentos. El presupuesto del gobierno federal se nutría de dos ingresos principales: las aduanas y las cuotas que pagaban a prorrata de su población los diferentes estados. Los gastos del gobierno federal eran el ejército, la marina, el cuerpo diplomático, correos, telégrafos, ferrocarriles y sanidad.

PRODUCTIVIDAD AGRICOLA EN ALEMANIA DURANTE EL SIGLO XIX
(según W. G. HOFFMAN, 1960)

El aumento constante del rendimiento por hectárea, consecuencia de la modernización de los métodos agrícolas, es hasta 1860 uno de los factores importantes del crecimiento de la producción agraria alemana. Pasará a ser factor único cuando, a partir de esta fecha, las expectativas de expansión de las superficies cultivadas sean prácticamente nulas. El débil incremento de los rendimientos entre 1860 y 1890 explica el relativo estancamiento de la producción agrícola del período; el crecimiento intensivo de ésta entre 1790 y 1913 obedece a una alza espectacular de la productividad motivada por la aplicación sistemática de los abonos.





El general Gaston-Alexandre-Auguste, marqués de Gallifet (Biblioteca Nacional, París). Militar técnico del cuerpo de Caballería, se distinguió en el frente de Sedán, donde dirigió una salida a la cabeza de los cazadores de África.



Napoleón III, ya prisionero, es conducido tras las líneas alemanas; a su lado cabalga Bismarck (Museo de Historia, Berlín). El sueño de Bismarck se había realizado: no sólo Francia estaba derrotada, sino que toda Alemania había aceptado la guerra impuesta por Prusia.

El primer *Reichstag* constituyente, elegido en febrero de 1867, se mostró razonable, dispuesto a olvidar agravios y a trabajar por el bien de Alemania. Hubo protestas de los conservadores, que deploraban el predominio excesivo de Prusia, y protestas de los liberales, descontentos porque los acuerdos del *Reichstag* estaban sujetos a la aprobación del *Bundesrat* o cámara de representantes de los estados, pero todos aceptaron con disciplina germánica el hecho consumado. Bismarck podía decirles: "Ya tenemos a Alemania puesta bajo la silla; ahora sólo falta cabalgar".

Cabalgar, para Bismarck, era la guerra. Faltaba una tercera guerra para probar que Alemania podía cabalgar y aun trotar. Bismarck lo explicó después categóricamente en sus *Memorias:* "Estaba convencido –dice– de que, para llenar el abismo abierto entre el norte y el sur de Alemania por las dos Confederaciones, hacía falta una guerra contra el pueblo vecino...". Así Bismarck pensaba hacer servir a los franceses de víctima "para conseguir la organización general de la nueva Alemania". ¡Qué inmoralidad, acuchillar a un pueblo para crear otro!, pero a la vez ¡qué grandeza, por lo menos en la ruda franqueza de exponerlo!

Bismarck disimuló de momento sus intenciones llevando al rey de Prusia a París con motivo de la Exposición Mundial de 1867. Moltke era de la comitiva; y Bismarck y Moltke pudieron darse cuenta de la fragilidad del Segundo Imperio francés y, consciente o inconscientemente, prepararon la guerra inmediata. Según el método de Bismarck, era necesario provocar una oposición en el contrario para que él declarara la guerra. Pero Napoleón, acostumbrado a recibir "propinas", como decía Bismarck, sin hacer más que intervenir como árbitro, no sentía necesidad de pelear con Alemania. Además, estaba gravemente enfermo de la vejiga, lo que hacía de él el soberano menos apto en Europa para aventuras bélicas.

La única esperanza que podía caber a Bismarck era que los ministros de Napoleón hicieran una tontería que él pudiera convertir en insulto nacional valiéndose de la prensa y el Parlamento. Y esto, dado el carácter de los gobernantes del Segundo Imperio francés, no era imposible ni difícil. Bismarck provocó el paso en falso de los ministros franceses, poniéndoles la trampa para que cayeran, con motivo de la sucesión del trono de España.

Un golpe de estado en España había destronado a Isabel II, y Prim, convencido de que la República era prematura, buscaba un rey liberal entre las cortes de Europa. Bismarck manejó las cosas de tal modo que la candidatura con más probabilidades de éxito fue la del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, lejano pariente del rey de Prusia.

LA SOCIALDEMOCRACIA

Las disensiones en el seno de la I Internacional –entre los antiguos miembros de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, de Bakunin, y el Consejo General, dirigido por Marx– concluyeron con su disolución formal en el año 1876. Desde entonces, la revolución socialista sólo era posible a partir de los partidos socialistas nacionales. Entre estos partidos, la socialdemocracia alemana había sido la primera en constituirse. Fruto, como señala Droz, de una serie de compromisos, obligado a integrarse en un estado fuertemente estructurado, aun cuando afirmase siempre su vinculación a la ortodoxia marxista (lucha de clases, revolución...), se verá obligado a intentar alcanzar, por medio del sufragio universal y de las libertades constitucionales, las reformas inmediatas que podrían mejorar la suerte de los trabajadores.

El primer partido socialista alemán: la Asociación General de los trabajadores alemanes *(Allgemeiner deutscher Arbeiterveiren)*, se funda por Ferdinand Lassalle el 28 de septiembre de 1863. Sosteniendo la necesidad de que los obreros se constituyeran en un partido político independiente del progresista, defensor de los intereses de la pequeña burguesía, incluía en su programa las reivindicaciones que los trabajadores venían sosteniendo desde el triunfo de la reacción en Alemania (1848): sufragio universal, jornada de diez horas, abolición de la legislación contraria a las actividades sociales del proletariado, desaparición de los impuestos indirectos y creación de un impuesto progresivo sobre la acumulación de capitales, enseñanza obligatoria para la infancia desde los cinco años, etc. Sin embargo, el "socialismo de estado" de Lassalle, el cual pensaba que correspondía al estado la implantación de la justicia social, así como su nacionalismo –era partidario de la unidad alemana bajo Prusia–, le apartaban de la ortodoxia marxista. Muerto Lassalle en 1864, la Asociación, centralista, autoritaria, vivió dominada por figuras de escaso relieve como Becker, o equívocas como Schweitzer, en una época de intensos conflictos internos, que no interrumpieron, sin embargo, su desarrollo.

En la misma fecha (1863) y sobre una base radicalmente opuesta, descentralizada, se constituyó la Unión de las Asociaciones de trabajadores alemanes *(Verband Deutscher Arbeitervereine)*, por W. Liebknecht y A. Bebel, de donde surgirá en el año 1866 el Partido popular sajón.

En el Congreso de Nuremberg –1868–, la Unión, preocupada hasta entonces primordialmente por la defensa del particularismo alemán frente al imperialismo prusiano, adoptó un programa socialista, adhiriéndose a la Internacional, y finalmente en el Congreso de Eisenach –agosto de 1869– se crea el primer partido socialdemócrata de trabajadores *(Sozialdemokratische Arbeiterpartei)*, con un programa que conjugaba ampliamente el pensamiento marxista promulgado por la Internacional con las reivindicaciones democráticas.

Así pues, en 1869 el movimiento socialista alemán se hallaba escindido en dos grupos rivales: el lassalliano, bajo la dirección de Schweitzer, y el de Eisenach, que, siguiendo a Marx y adherido a la Primera Internacional, dirigirán Liebknecht y Bebel. En las elecciones de 1871 para el Reichstag los dos grupos consiguieron más de 100.000 votos, y en las de 1874, 351.670, el 6 % de los emitidos, obteniendo los lassallianos tres escaños, y seis los de Eisenach.

Perseguidos por el gobierno, alarmado por estos éxitos electorales, inútiles ya por la Constitución del Imperio alemán después de la victoria de Prusia sobre Francia (1870), las discusiones sobre la organización de Alemania, los contactos entre los dos grupos, llevarán a la unificación del movimiento socialista alemán en el Congreso de Gotha (1875), sobre la base de un programa redactado por Liebknecht, criticado por Marx y Engels, quienes no aceptaban la ley de bronce de los salarios ni cierta despreocupación por la organización sindical, ni la fundación de cooperativas con ayuda estatal, etc.

De hecho, sin embargo, el nuevo Partido *(Sozialistsche Arbeiterpartei Deutschsland)* impulsa el movimiento socialista: 493.000 votos y doce diputados en las elecciones de 1877. El socialismo era ya una fuerza política creciente que, como señala Droz, atacó la política de Bismarck, oponiéndose a la anexión de Alsacia y Lorena, defendiendo la Comuna, etc. El canciller decide entonces aplastar a la socialdemocracia y, tomando como pretexto los atentados contra Guillermo I, de Hödel y Nobiling (mayo y junio de 1878, respectivamente), dos perturbados que actuaban por cuenta propia, disuelve el Reichstag, consigue una mayoría favorable y argumentando: "A las ideas patológicas del socialismo, enemigo del estado y de la sociedad, no se les puede cortar el paso con la ley común", consigue –221 votos contra 149– que se apruebe en octubre de 1878 una ley de excepción por un plazo de dos años, pero que sería prorrogada, en los años 1884 y 1886, hasta 1890.

La legislación excepcional, que prohibía las agrupaciones socialdemócratas, las reuniones y manifestaciones públicas, la prensa socialista, etc., aunque no impedía que los socialistas figurasen como candidatos en las elecciones ni que fuesen miembros del Reichstag, perturbó seriamente al Partido –encarcelamientos, prohibición de periódicos, necesidad de emigrar...–, pero no pudo quebrantar su vitalidad y su cohesión orgánica, manifestadas desde 1880 en la actuación clandestina, orientada por los Congresos de Zurich (1882), Copenhague (1883) y Saint-Gall (1887). Fundamentado, subraya Abendroth, en un pensamiento marxista muy simplificado, que le hacía atractivo para las masas, expresado a través del *Sozialdemokrat*, órgano del partido dirigido por Eduard Bernstein, y de *Neue Zeit*, editado por Karl Kautsky, defensor de la igualdad de derechos –incluso de voto– para la mujer, lo que le atrajo a las minorías cultas, aumenta de forma continua su número de votos: 549.000 en 1884; 763.000 en 1887; 1.427.000 en 1890. Había llegado a ser el partido más numeroso del Reich, no dejándose atraer por la legislación social inspirada por los socialistas de cátedra y promulgada por Bismarck entre 1881 y 1885: seguros de accidentes de trabajo, enfermedad y retiro obrero, con la esperanza de retirarle adhesiones en el mundo del trabajo.

La caída de Bismarck (1890) coincide con el momento en que los gobiernos europeos, presionados por el movimiento obrero, en base a una compleja motivación sentimental y política, tiende a adoptar medidas tutelares respecto a los trabajadores. El nuevo káiser Guillermo II subrayará: "Es menester demostrar al pueblo trabajador que el gobierno desea de todo corazón su bienestar". En esta línea, el Reichstag derogará las disposiciones de excepción contra los socialistas (enero de 1890), ocho meses antes de su terminación legal. Bismarck había sido derrotado.

La socialdemocracia, dice Abendroth, había llegado a ser suficientemente fuerte para obligar al gobierno a notables concesiones de índole político-social, lográndose mejorar la situación obrera. Sus éxitos fueron posibles por cuanto el partido, fiel a sus principios socialistas, supo aprovechar cualquier posibilidad legal de lucha.

En esta línea, un nuevo programa, redactado por Kautsky en el Congreso de Erfurt (1891), se mantiene fiel a la ortodoxia marxista, a la socialización de los medios de producción, a la idea de dictadura del proletariado..., pero recoge una serie de fines que han de ser obtenidos dentro del sistema capitalista en el que se insertan: sufragio universal, imposición progresiva sobre la renta, jornada de ocho horas... Jacques Droz concluye: "Ortodoxo en lo doctrinal, el programa de Erfurt suponía una acción reformista que permitiría la transformación progresiva de la situación del mundo obrero, así como la reforma progresiva y pacífica de la sociedad".

A. M.

El 11 de junio de 1870, Prim declaraba en las Cortes de Madrid que los otros candidatos, Fernando de Portugal y los duques de Aosta y Génova, habían rehusado la corona de España, pero que esperaba anunciar dentro de pocos días la aceptación de un cuarto candidato. Nadie dudó en España y fuera de España de que Prim se refería el príncipe de Hohenzollern.

La instalación de un príncipe prusiano en el trono de España no podía agradar a los franceses. Volverían a encontrarse, como en tiempo de Carlos V, con un enemigo alemán por el Este y otro por el Sur. Esta eventualidad se discutió en la Cámara de Diputados francesa el 6 de julio con exaltación patriótica. La fiebre de la Cámara se extendió por París: los periódicos comentaron la sesión en términos más violentos todavía. *Le Soir* decía: "Quieren instalarnos un procónsul en la frontera meridional para que nos tenga bajo su vigilancia. Seremos los franceses 38 millones de prisioneros de los alemanes...".

Los demás estados europeos tomaron cartas en el asunto. Austria apoyaba a Francia; Inglaterra reconocía que las negociaciones constituían una ofensa; Italia predicaba la paz; Rusia daba consejos. En realidad, nadie quería la guerra más que Bismarck. Viendo la tormenta que se preparaba, el príncipe de Hohenzollern retiró su candidatura; el rey de Prusia prefería también no arriesgarse a perder lo que había ganado en las guerras contra Dinamarca y Austria.

Napoleón, no hay que decirlo, tenía bastante trabajo en cuidar de su vejiga. Sin embargo, le quedaba a Bismarck la posibilidad de que los ministros franceses hicieran la esperada tontería. De no haberla cometido, al cabo de pocos días nadie se hubiera acordado de la candidatura del Hohenzollern. Pero el ministro de Negocios Extranjeros francés tuvo la impertinente idea de exigir al rey de Prusia, por mediación del embajador de Francia en Berlín, promesa formal de que nunca otorgaría a su sobrino el consentimiento para ocupar el trono de España, dado el caso de que volvieran a ofrecerle la corona.

Esta casi grosería enojó a Guillermo I, pero no hasta el punto de hacerle pensar en la guerra. El embajador francés lo había visitado en Ems, donde tomaba baños, y desde allí el rey, sin darle gran importancia, telegrafió la noticia a Bismarck. El telegrama de Ems llegó la noche del 13 de julio al palacio de Wilhelmstrasse en Berlín, donde estaban cenando Bismarck, Moltke y Roon, ministro de la Guerra. El texto del secretario

Batalla de Bapaume, del 3 de enero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Mientras la rendición de Metz permitió a los alemanes reforzar el bloqueo de París, el Ejército del Norte, al mando de Faidherbe, consiguió, con acciones como ésta, evitar la ocupación de los departamentos más septentrionales de Francia.

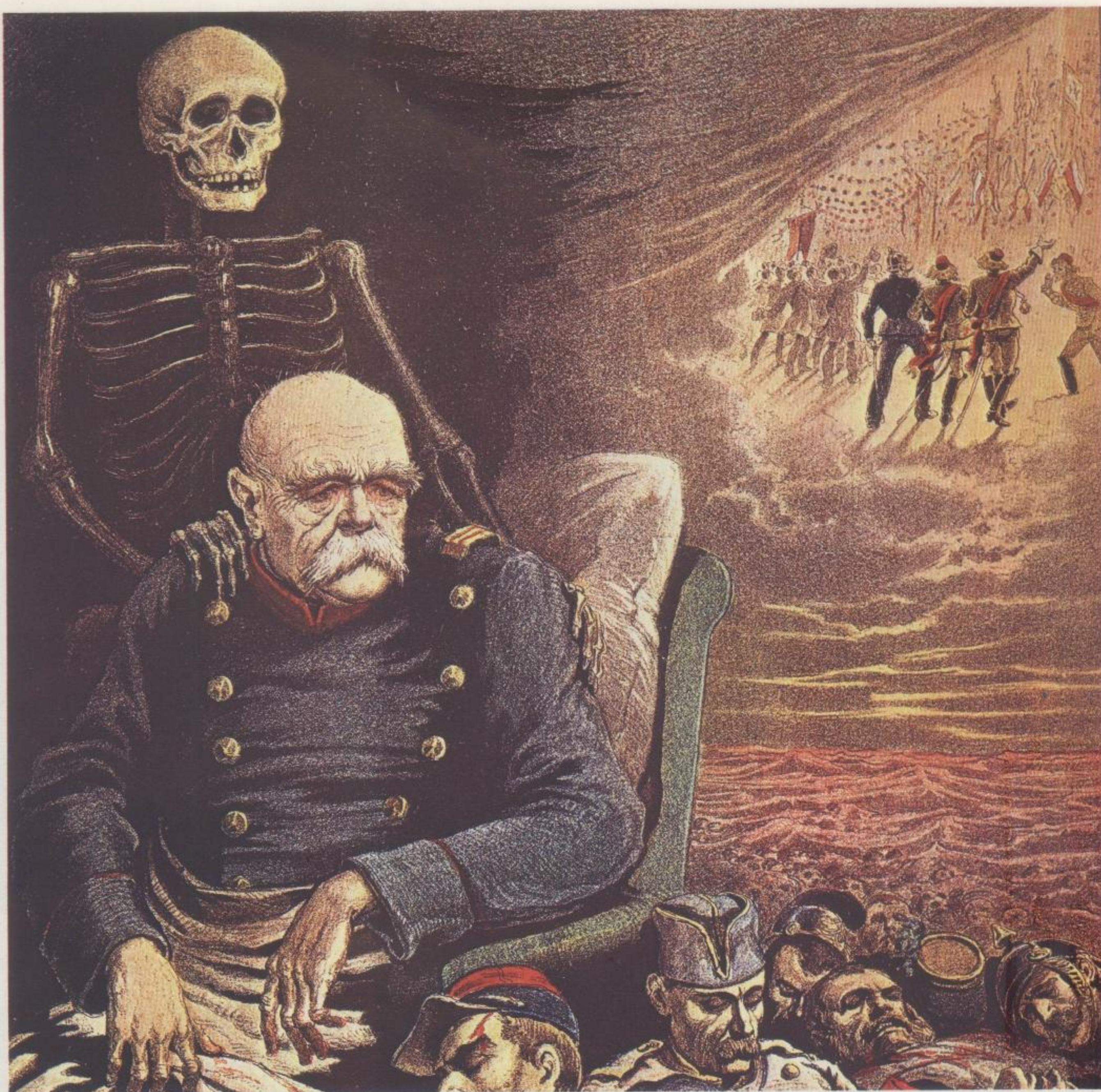




Negociaciones entre franceses y prusianos en presencia de Bismarck (Historisches Museum, Francfort). El resultado para Francia de la guerra con Prusia fue la pérdida de las provincias de Lorena y norte de Alsacia y el pago de una fuerte indemnización.

del rey de Prusia contando la "manera indiscreta" como el embajador francés, paseando por el parque con Guillermo I, le había hecho aquella demanda, estaba redactado en forma suave y sin conceder gran importancia al asunto. Bismarck, después de leerlo, preguntó a Moltke y Roon: "¿Estamos preparados?...". Moltke y Roon contestaron: "¡Estamos prontos!". Bismarck tomó la pluma y redactó el texto del telegrama real como sigue: "La noticia de la renuncia al trono de España por el príncipe de Hohenzollern ha sido comunicada al gobierno francés por el gobierno español. El embajador francés, además, ha insistido con Su Majestad el rey de Prusia en Ems para que le autorizara a telegrafiar a París que nunca jamás daría su consentimiento si se volvía a tratar de la candidatura del príncipe de Hohenzollern. Su Majestad ha rehusado contestar al mencionado embajador y le ha hecho saber que, por su parte, no tenía nada más que comunicarle".

Este telegrama, ni exagerado ni trucado, como generalmente se dice, fue redactado enteramente por Bismarck. Se comunicó inmediatamente al periódico de la noche *La Alemania del Norte,* obligándole a hacer una edición especial, y en Berlín se interpretó como si el rey en Ems ya hubiera dado los pasaportes al embajador de Francia. ¡Era la guerra! En París, las noticias, abultadas por las agencias, hicieron el efecto que deseaba Bismarck de "un trapo rojo delante del toro francés". Todavía hubiera podido evitarse la guerra examinando el asunto con sangre fría y deshaciendo con habilidad la telaraña de mala intención que había tejido Bismarck, pero no se podía esperar tanto de los ministros del Segundo Imperio napoleónico. Al día siguiente de la publicación del telegrama de Ems, el duque de Gramont en el Senado y Émile Olivier en la Cámara de Diputados de París leyeron una comunicación gubernamental que recogía el guante arrojado por Bismarck: "Hemos hecho todo lo posible



Las relaciones entre Bismarck y Guillermo II, nieto de Guillermo I, se fueron agriando hasta el punto de que el canciller tuvo que dimitir en 1890. Así se le veía en Francia cinco años después, al cumplir ochenta de edad, y tres antes de morir.

para evitar la guerra; vamos a prepararnos para sostener la que se nos ofrece, dejando la responsabilidad al agresor". Empezaba en Francia la discusión de las responsabilidades. En Berlín solamente se cantaba *Die Wacht am Rhein.* Aquella noche se decretó la movilización general. Bismarck explicó el *casus belli* en el *Bundesrat* en estos términos: "No hay otra alternativa: o la guerra o la garantía del gobierno francés de que no recibiremos más amenazas como ésta".

Para comunicar la noticia al *Reichstag* esperó hasta el 16 de julio. Había ya recibido la noticia del comienzo de las hostilidades. Su discurso se redujo a muy pocas palabras: "Tengo que informar a esta alta Asamblea de que el representante de Francia acaba de entregarme la declaración de guerra".

Según la Constitución de la Alemania del Norte, tenían que intervenir en el conflicto todos los estados, menos Austria. Era una prueba peligrosísima que imponía Bismarck a la nueva Alemania obligándola a luchar en una guerra injusta y cuando el vínculo de unión era reciente y poco preciso en sus derechos y deberes. Los estados del Norte no vacilaron; en seguida declararon la guerra cada uno individualmente a Francia, y a los pocos días el entusiasmo se había contagiado asimismo a los cuatro estados que componían la Federación del Sur y éstos también cooperaron con sus contingentes militares.

La guerra franco-prusiana fue una guerra fácil. La primera batalla fue el 2 de agosto, y el 31 un ejército francés de 81.000 hombres, entre ellos el emperador en persona, se rendía en Sedán al rey de Prusia. Otro ejército mandado por Bazaine quedaba sitiado en Metz. La fuerza militar de Francia estaba aniquilada por muchos años. Para castigarla y debilitarla se la despojó de Alsacia y Lorena.

Los ejércitos alemanes acamparon delante de París. Éste había sido fortificado y encerraba una guarnición suficiente para su defensa, además de la guardia nacional y ciudadanos voluntarios armados. Pero no es éste el lugar oportuno para explicar los episodios del sitio de París y su consecuencia, la tercera República francesa. Lo importante para nosotros es que, cimentada la unidad alemana por la victoria, los soberanos de todos los estados de la Confederación del Norte y los aliados del Sur reconocieron al rey de Prusia como emperador de Alemania. Se le coronó en Versalles. El *Reich* o Imperio alemán dejaba a los antiguos soberanos cierta autonomía, pero quedaban como feudatarios del rey de Prusia. El Káiser tenía en el Imperio el mismo poder autoritario que tenía en Prusia como rey. La Constitución no establecía ninguna manera de enmendarla por votación popular: las reformas las iría haciendo el Káiser por el canciller. La Constitución del Imperio alemán era una carta de "real política": era Bismarck hecho ley.

Proclamación de Guillermo I, rey de Prusia, como emperador de Alemania en la Sala de los Espejos del castillo de Versalles el 18 de febrero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Los resultados de la guerra fueron para Bismarck la organización de un Imperio en que los demás soberanos de Alemania quedaban como feudatarios del rey de Prusia.



BIBLIOGRAFIA

Abendroth, W.	*Historia social del movimiento obrero europeo,* Barcelona, 1970.
Birnie, A.	*Historia económica de Europa,* México, 1944.
Clapham, J.	*The Economic Development of France and Germany, 1815-1914,* Cambridge, 1921.
Droz, J.	*Le socialisme démocratique, 1864-1960,* París, 1966. *Histoire des doctrines politiques en Allemagne,* París, 1968. *Les origines de la grande industrie allemande,* París, 1933.
Eckert, G.	*Wilhelm Liebknecht. Briefwechsel mit K. Marx und F. Engels,* La Haya, 1963.
Henderson, W. O.	*The Zollverein,* Londres, 1959.
Lichtenberger, H.	*La Alemania moderna,* Madrid, 1909.
Mehring, F.	*Geschichte der deutschen Sozialdemokratie,* Stuttgart, 1898.
Ramos Oliveira, A.	*Historia social y política de Alemania,* México, 1964.
Vermeil, E.	*L'Allemagne, du Congrès de Vienne à la révolution hitlerienne,* París, 1934. *L'Allemagne contemporaine, sociale, politique, culturelle,* París, 1953.



Cómo se vieron en Francia las negociaciones para la paz con Prusia (Biblioteca Nacional, París).